

## El saqueo de Weimar (1806) y la suerte de los heridos en el relato de Johanna Schopenhauer

Agustín Esteban Hernández<sup>1</sup>

*Med Mil (Esp) 2002; 58 (2): 58-61*

Desde que se tiene noticia, los médicos han acompañado a los ejércitos, poniendo su arte al servicio de las víctimas de combate y aprendiendo de ellas la esencia, evolución y métodos de tratamiento de las heridas, lo que constituiría el fundamento de la Cirugía. Más al principio la atención del cirujano de guerra se circunscribía al cuidado de los caudillos, la masa de heridos quedaba abandonada a su suerte o al socorro de algún compañero, y los cuerpos de muchos "héroes esforzados eran presa de perros y pasto de aves", como refiere HOMERO al comienzo de la *Iliada*. También las legiones romanas contaban con médicos, pero éstos atendían principalmente al *Imperator* y si él lo autorizaba podían ir en socorro del simple combatiente. Las cosas fueron mejorando lentamente y sólo bien entrado nuestro siglo se pudieron presentar cifras de mortalidad entre los heridos de guerra tan aceptables como el 10% para la guerra mundial II, 2% para la del Yom-Quippur, el 1-1,5% para los conflictos de las islas Falkland o el del Golfo, incluso próximas al 0% para el personal combatiente en las últimas operaciones aéreas de castigo en la zona de los Balcanes. Tasa de mortalidad menor que la que grava los accidentes de carretera que cada fin de semana nos suministra la D.G.T.!

Y esto fue posible por el desarrollo de los Servicios de Sanidad y su acción coordinada con las demás unidades operativas, los avances en la ciencia médico-quirúrgica y la disposición de medios rápidos de recogida y evacuación de las víctimas. Que, como contrapartida, la población civil tal vez sufre ahora en mayor medida los efectos de la guerra también es algo que hay que apuntar en relación con estos métodos modernos, "asépticos", de ataque mediante incursiones aéreas que hacen innecesaria la ocupación por fuerzas terrestres y evitan así de modo casi total las bajas del ejército agresor.

Sin embargo durante los numerosos episodios bélicos que tuvieron lugar en la primera mitad del siglo XIX, particularmente en las campañas napoleónicas, la suerte de las víctimas no podía ser más calamitosa, abandonadas a la iniciativa de personas particulares, principalmente mujeres, que con su acción caritativa intentaban paliar los sufrimientos de un número altísimo de heridos para los que no había asistencia médica ni protección ante las inclemencias de la naturaleza. Que esto era así, y aunque a mediados del siglo se empezaron a organizar los Cuerpos de Sanidad, la insuficiencia en el socorro a los heridos quedó de manifiesto en la famosa batalla de Solferino (1859) en la que participaron 300.000 combatientes de los que 80.000 fueron heridos o muertos. El relato de aquella tragedia en el libro de Henry Dunant, *Un souvenir de Solferino*, dio origen como es archisabido a las Convenciones de Ginebra y a la fundación de la Cruz Roja.

Un documento parecido, aunque de mucha menor repercusión, encontramos en las cartas que Johanna SCHOPENHAUER, madre del filósofo de este nombre, escribió a su hijo por las fechas en que tuvo lugar la batalla de Jena y Auersted, 14 de Octubre de 1806. La familia Schopenhauer compuesta por la madre, Johanna, Arthur (el filósofo) de 18 años, y Adela, de 9, tras la muerte del marido y padre, Heinrich Floris, quizá por suicidio, decidió fijar su residencia en Weimar y, tras un par de viajes exploratorios para buscar vivienda, se instaló definitivamente en la pequeña ciudad de Thüringia capital cultural efectiva de todo el centro europeo entonces, como lo ha sido recientemente, de modo honorífico, por decisión de las autoridades comunitarias. Weimar dista de Jena unos 20 kilómetros y, en los combates que tuvieron lugar en esta ciudad universitaria y en la pequeña localidad de Auersted sufrieron los prusianos y sajones una derrota total, seguida de una desbandada de vencidos, heridos y prisioneros, hacia Weimar, adonde llegaron también los vencedores que sorprendidos, especialmente la tropa, por encontrar tan cerca una ciudad casi exclusivamente compuesta de palacios, ricos establecimientos, tiendas y casas de alto nivel social, la sometieron sin piedad a un saqueo e incendio devastador.

Las cartas de Johanna Schopenhauer que aluden a este episodio son las fechadas en los días 6, 18, 19 y 26 de Octubre. Particularmente la carta del 19 de Octubre es un relato minucioso de los acontecimientos, vividos por una persona con dotes literarias, no en vano llegó a tener cierto prestigio como autora de novelas; es un documento extenso, prolijo, del que se hicieron tiradas en los años siguientes a su redacción. De estas cartas hemos seleccionado algunos fragmentos, como más significativos en relación al argumento de este artículo, fragmentos que traducimos y ofrecemos a continuación.

Johanna a Arthur  
Weimar, 6 Octubre 1806

Heme aquí en medio de la guerra, querido Arturo, pero con buen ánimo y te escribo sólo para pedirte que tú también lo tengas y no estés intranquilo por mi causa. El destino juega milagrosamente conmigo pues que me veo trasladada precisamente a aquí, en este tormentoso momento, a una tierra que verosíblemente va a ser el escenario de una guerra sangrienta, mas puesto que nadie podía suponer que sucedería lo que efectivamente sucede, yo lo tomo con paciencia y no me hago ningún reproche, pues hice lo que creí mejor para mí y los míos.

Johanna a Arthur  
Weimar, 18 de Octubre de 1806

Ya ves que aún estoy viva, además he de asegurarte que todos nosotros estamos bien y a nadie de nuestra casa le ha ocurrido nada penoso. Anteayer, apenas me había podido concentrar un poco, te

<sup>1</sup> Col. Médico (Ret). Profesor Titular de la U.C.M.